

MISANTROPIA

Y ARREPENTIMIENTO.

DRAMA EN TRES ACTOS.

¡ *Quan cruel es la venganza de la ultrajada virtud!*

PERSONAJES.



*Carlos, Baron de Menó.
El Mayor Horst.
El Conde de Walberg.
Biterman.
Tobías.
Frantz.
Peters.*

*La Condesa de Walberg.
Eulalia, bajo el nombre de Miler.
Eugenio, niño de quatro á cinco años.
Una Camarera.
Dos niños, hijos del Baron.
Algunos Lacayos.
Un Postillon.*

La escena se supone en el castillo del Conde de Walberg, en las cercanías de Cásel.

ACTO PRIMERO.

*El teatro representa un bello paisa-
ge: el castillo aparece sobre una colina, y á la derecha de los actores, á lo lejos, en el fondo á su izquierda una pequeñuela cabaña entre algunos árboles que la cubren: al mismo lado y al pie de la colina empieza una arboleda, que conduce á la morada del Extrangero: á la derecha: hácia el tercero bastidor hay un pequeño pabellon practicable, del qual se ve solamente una parte.*

Peters, que viene del Castillo.

Pet. Amigo Peters, Señora Miler lo manda, y es fuerza llevar este dinerillo

al viejo Tobías. Ella me ha encargado que lo calle; pero en buenas manos queda: no, no lo sabrá ninguno. A la verdad, que es muy bella muger la Señora Miler! bella muger! pero necia, muy necia; porque ve aquí lo que mi padre me enseña: nel que gasta su dinero nes un hombre sin prudencia; pero el que lo da, merece que le rompan la cabeza."

El Baron sale cruzados los brazos y la cabeza baja; ve á Peters, y le mira con desconfianza: Peters se queda por un momento mirando al Baron con la boca abierta, se quita el sombrero: y con una cortesía extravagante se dirige hácia la cabaña. Bar. ¿ Quien era, Frantz?

NA 1091519
NEA 1616766

Fra. Es el hijo
del que administra las rentas
del castillo.

Bar. Por la noche
me hablaste ayer en la cena...

Fra. De aquel labrador anciano.

Bar. Es verdad.

Fra. Mas sin respuesta
me quedé.

Bar. Pues vuelve ahora
á decirlo si te acuerdas.

Fra. Pues, Señor, es pobre.

Bar. ¿Y tu
de qué sabes su pobreza?

Fra. El lo dice.

Bar. Y él lo dice!

Con amargura.

no ignora el hombre la senda
del engaño.

Fra. Es cierto, pero
este anciano no grangea
la piedad con el engaño.

Bar. ¿Y por qué no?

Fra. Si quisiera
explicarlo no podría;
pero mi alma se interesa
en su favor.

Bar. Frantz, ¿qué débil
eres!

Fra. Es verdad; mas crea
Vmd., que un necio piadoso
vale mas que la soberbia
de un sabio sin compasion.

Bar. Necio!

Fra. La beneficencia
produce la gratitud.

Bar. Ah! no es verdad. *Con dolor.*

Fra. Quien dispensa
los beneficios, yo juzgo
que es mas feliz en la tierra
que el mismo que los recibe.

Bar. Eso es verdad.

Fra. Qué franqueza!
Y Vmd. es un bienhechor.

Bar. Quien, yo?

Fra. Por veces diversas
ha sido testigo Frantz.

Bar. Hombre crédulo, contempla
que hacer bien es la mayor
de las necedades nuestras.

Fra. Oh! no tanto como eso.

Bar. Y los hombres, en mi idea,

son indignos del favor.

Fra. Muchos, es verdad.

Bar. Pues piensa
que son hipócritas todos.

Fra. Mentirosos.

Bar. Aparentan
lágrimas á nuestros ojos,
y rien á espaldas nuestras.
Ve aqui el hombre.

Con amargura.

Fra. Sin embargo,
hay algunos....

Bar. Donde?

Fra. En esa cabaña.

Bar. Quien, el anciano?
¿Y ha llorado sus miserias
delante de tí?

Fra. Mil veces.

Bar. ¿Y quieres tú que le crea?
el verdadero infelice,
amigo Frantz, no se queja.

Despues de un rato de silencio.

Pero en fin, cuéntame toda
su desgracia.

Fra. Es tan inmensa,
que ha perdido á su buen hijo.

Bar. Como?

Fra. Baxo las banderas
militares sentó plaza
para dar á la pobreza
de su padre algun consuelo.

*El Baron le mira, y despues con-
tinúa.*

Fra. El viejo tomó por fuerza,
y á pesar de su dolor,
el precio de la terneza
y la libertad de un hijo;
pero al pobre no le queda
otro recurso que el cielo:
enfermó, pobre y sin fuerzas
para ganarlo...

Bar. No puedo,
no puedo hacer aunque quiera
nada por él.

Fru. Ah Señor!
en favor de su indigencia
Vmd. puede mucho!

Bar. Y como?

Fra. Quizá con poco pudiera
rescatar á su buen hijo.

Bar. Será fuerza que yo vea
al anciano.

Fra. Bien , Señor.

Bar. Pero , como acaso mienta....

Fra. No miente , no.

Bar. Que no miente !
el hombre ! el hombre !... ¿ es en esta
cabaña ?

Fra. En esa cabaña.

El Baron entra en ella.

¡ Qué alma tan noble y tan bella !
pero con él se me olvida
el modo de hablar : apenas
le conozco , y ha tres años
que le sirvo . La primera
vez que ve un hombre le habla
con seriedad y dureza ;
mas sin embargo , á ninguno
ha negado en su miseria
la proteccion y consuelo .

El es misantropo , es fuerza ;
no hay remedio : sin embargo ,
su misantropia empieza
en sus mismas desventuras ,
porque el odio que profesa
al hombre no está en su alma ,
que solo está en su cabeza .

*Sale el Baron de la cabaña , y Pe-
ters detrás .*

Bar. Y bien , qué me quieres ?

Pet. Nada ,
pero yo soy el que era....

Bar. Qué necio !

Fra. Pues como eso ?
tan pronto , Señor , de vuelta ?

Bar. ¿ Y que habia yo de hacer allí !

Fra. Pero en fin ¿ es cierta
su desgracia ? lo habeis visto ?

Bar. He visto á su cabecera
ese bribonzuelo .

Fra. ¿ Y qué
tiene que ver (quando sea
verdad) aqueste muchacho
con la piedad que se alverga
en Vmd. .

Bar. Tiene que ver :
que estaba de inteligencia
con el viejo... hombres perversos !
; Como hubieran , como hubieran
hecho mofa los ingratos
de mi credulidad necia ,
si me hubiesen engañado !

Fra. ¿ Pues Vmd. cree que fueran...

Bar. ¿ Qué hacian juntos ?

Fra. Bien fácil

Sonriéndose de su desconfianza.
es de saber . Hombre , llega , á Peters .
ven acá : di , ¿ á qué has venido
á esta cabaña ?

Pet. Qual , esta ?

Fra. Si .

Pet. Yo , á nada .

Fra. No , no , amigo ,
por algo has venido á ella .

Pet. Toma ! y por qué ? vaya , vaya !
Mire Vmd. , quando me muestra
Madama Miler la cara
risucña , por complacerla
me echaria yo en el pozo
del castillo de cabeza .

Fra. Luego ella te manda ?

Pet. Si ,
por mas que Vmd. lo pretenda
saber , no lo ha de saber .

Fra. Y por qué ?

Pet. Por qué ? porque ella
me dixo : ve , Peters mio ,
Imitando la voz de Miler.
ve por Dios y que no sepa
nada ninguno , ve presto ,
Peters bonito , que es fuerza
soeorrer al viejo... vamos ,
estas palabras me llegan
al corazon , y no puedo
negarme por mas que quiera .

Fra. Ya , pero si ella lo manda
es fuerza tener cautela .

Pet. Sí , que no la tengo yo .
Mire Vmd. , mas de quinientas
veces le dixe á Tobías ,
que no pensara que era
Miler la que le mandaba
el dinero ; y aunque fuera
el Rey no se lo diria ,

Fra. Oh ! tu eres mozo de prendas .
Y era mucho' ?

Pet. Yo no sé ;
pero habrá semana y media
que le traxe otro dinero ,
y despues otro... á la cuenta
de lo que se ahorra : y juzgo ,
que era en un dia de fiesta ,
por que yo tenia puesto
mi vestido nuevo .

Fra. Y esa
Madama Miler , es quien

le socorre en sus urgencias?
Pet. Toma, pues quien? no mi padre
 no es tan tonto como ella:
 y dice, que es necesario
 guardar siempre nuestra hacienda;
 pero con mayor razon
 en estío y primavera
 no se debe dar limosna,
 que entonces la providencia
 produce plantas y frutos
 para los hombres.

Fra. Muy bella
 máxima! qué amable padre!
 no es verdad?

Pet. Pues quien lo niega?
 Pero Miler no hace caso
 por mas que la reconvenzan.
 Y aun hace mas.

Fra. Qué mas hace?

Pet. Mire Vmd., quando Isabela
 tenía los hijos malos,
 quiso enviarme á su aldea
 con dinero; mas mi padre
 no me dexó que yo fuera
 porque llovía.

Fra. Y qué hizo?

Pet. Toma, lo llevó ella mesma,
 y se me puso á curar
 los niños como si fueran
 suyos.

Fra. Muger singular!

Pet. A veces da grima el verla
 llorar, sin saber por qué;
 y si yo, Señor, pudiera
 verla llorar sin llorar,
 vaya muy enhorabuena:
 pero el caso es, qué si llora,
 que quieras, ó que no quieras,
 yo me quedo sin comer,
 y echo á llorar.

Fra. Y bien, queda *Al Baron.*
 Vmd., Señor, satisfecho?

Bar. Haz que ese hablador se vuelva
 al castillo.

Fra. A Dios, amigo Peters.

Pet. Con que Vmd. me dexa?

Fra. No, pero Madama Miler...

Pet. Ay! es verdad que me espera.
 A Dios.

Saluda al Baron, que no le corres-
ponde.

Oye Vmd., Señor,

aquel está que rebienta
 de rabia, porque no pudo
 sacarme ni esto siquiera.

Fra. Es verdad.

Pet. Ah! no, conmigo
 no hay que venirse con fiestas,
 que para guardar secretos yo. *vase.*

Fra. Bien, á Dios. ¡Qué simpleza!
 vaya, Señor.

Bar. Qué?

Fra. Que ahora
 la desconfianza era
 injusta.

Bar. Oh!

Fra. ¿Pero qué duda
 le queda á Vmd.?

Bar. Si me queda,
 ó no, calla: en fin no quiero
 escuchar mas.

Se levanta y sigue hablando con
acritud.

¿Quien es esta
 Madama Miler? ¿por qué
 su nombre siempre resuena
 en mi oido? y por qué causa,
 sin haber podido verla,
 á qualquier parte que voy
 ha estado primero ella?

Fra. Vmd. debía alegrarse.

Bar. Por qué?

Fra. Porque es una prueba
 de que aun hay entre los hombres
 algunas almas modestas
 y bienhechoras.

Bar. Sí, sí.

Fra. Procure Vmd. conocerla.

Bar. Conocerla! *Con ironia.*

Fra. Yo, Señor,
 la conozco, y es muy bella.

Bar. Mucho peor: la hermosura
 encubre con apariencia
 falaz un alma viciosa.

Fra. Pues la suya es en mi idea
 el velo de la virtud:
 es tal su beneficencia....

Bar. Ah! qué incauto! mira Frantz,
 qualquiera muger desea
 deslumbrarnos afectando
 alguna virtud, y esta
 será quizá mas astuta
 en su ficcion.

Fra. Pero sea

como sea, poco importa,
con tal de que favorezca
al anciano, y haga bien.

Bur. Mejor, así en su pobreza
no necesita de mí.

Fra. No obstante, Señor en ella
la buena Miler habrá
socorrido las urgencias
limitadas y actuales;
pero, por mas que lo sienta,
no le habrá podido dar
para consolar sus penas
rescatando á su buen hijo.

Bar. Reparo, que te interesas
Con una ironía amarga.
con mucho ardor por Tobias.
¿Estarás de inteligencia
tu con él para engañarme?

Fra. ¿Y es posible, que Vmd. crea...
Con las lagrimas en los ojos.
ah! no ha nacido del alma
de Vmd. tan baxa sospecha

Bar. Es verdad; perdoname,
Con bondad le alargó la mano.
amigo mio.

Fra. Si, venga
la mano y la besaré *Lo hace.*
mil y mil veces. Es fuerza
que os hayan quizá burlado
algunas almas perversas
cruelmente, para haber
concebido contra ellas
ese odio universal,
aguesa injuriosa idea
de la virtud y justicia.

Bar. Tu lo has dicho. ¿Quanta pena
me has dado, Frantz! dexame.
Se vuelve á sentar, y lee.

Fra. Vele allí con su tristeza
sumergido en la lectura:
así pasa la carrera
de su vida; á los placeres
muerto, á la naturaleza
muerto tambien, y sumido
en su dolor. ¿Quien pudiera
restituirle al placer!
Hace tres años que aleja
la sonrisa de su boca,
y otros tantos que la idea
de un suicidio fatal
me hace estremecer. Si fuera
posible al menos, que amase

la sociedad... Si quisiera
cultivar algunas flores...
Pero nada; en su tristeza
sumergido, calla y lee,
ó si alguna vez despliega
sus labios es detestando
de su misera existencia,
y maldiciendo á los hombres
artífices de su pena.

Lee el Baron.

» En la soledad adquieren mayor
» energía nuestra ideas; pero tam-
» bien se renuevan las antiguas heri-
» das, y quanto en otro tiempo agitó
» con violencia las fibras de nuestro
» cerebro, es un fantasma que nos per-
» sigue y nos atormenta de conti-
» nuo.”

Fra. Tiene razón ese libro;
pero tambien se me acuerda
haber oido decir,

Va saliendo Tobias.

que por lo mismo era fuerza
huir de la soledad,
y abandonarse á la inmensa
multitud de los negocios.

Tob. ¡Oh quan grata es la Influencia
del sol sobre el infelice!
Pero mi alma se enajena
de plazer, y de su Dios
benéfico no se acuerda.

*Se descubre, y levánta las manos
al cielo.*

Fra. Ve aquí un anciano, que goza.
*El Baron cierra el libro, y mira con
atención al viejo.*

de poco bien en su extrema
necesidad, y da gracias
á la augusta Providencia
del poco bien de que goza.

Bar. Porque la esperanza llega
con los hombres al sepulcro,
y en sus límites los dexa.

Fra. A Dios, buen hombre: parece
que veo mas fortaleza
en Vmd.

Tob. Dios, y el cuidado
de una muger que no niega
su misericordia al pobre,
me han conservado en la tierra
quizá por algunos años.

Fra. Sin embargo Vmd. demuestra

bastante edad.

Tob. Si, Señor,
ya paso de los setenta,
y pocas satisfacciones
puedo ya gozar en ella.

Fra. Pues yo, amigo, me quejára
de mi suerte, si tan cerca
de la tumba me volviese
á la vida y á la pena;
que la muerte es el consuelo
del infeliz.

Tob. ¿Vmd. piensa,
que soy yo tan infeliz?
¿No gozo aun de la bella
luz del sol amaneciendo?
¿No he recobrado mis fuerzas
con la salud? ay amigo!
aquel que por vez primera,
después de un penoso mal,
respira el aura serena
de una plácida mañana,
es el mas feliz que llegan
á ver los rayos del sol.

Fra. Pero ese bien degenera
bien pronto con la costumbre.

Tob. No en la vejez: muchas penas
me han afligido y me afligen;
y sin embargo sintiera
la muerte. Quando mi padre
me dexó en su pobre herencia
esa cabaña, gozaba
yo de mi salud y fuerzas.
Tomé una muger honrada,
tan amante como buena,
y Dios bendixo mi union
con tres hijos: pero esta
dicha duró poco años.
Dos dellos vieron apenas
el sol de la juventud,
y la muerte con fiereza
los arrebató. Yo, amigo,
sufrí el golpe con paciencia,
pero mi pobre muger,
ó mas debil, ó mas tierna,
murió de dolor: quizá
yo en mi soledad hubiera
seguidolos á la muerte,
si la divina clemencia
no me hubiera consolado.
En fin quando mi flaqueza
adoraba sus decretos,
y resignado en su eterna

misericordia vivia
con un hijo, última prenda
de mi amor, algo felice;
su generosa imprudencia
le conduxo á sentar plaza
por socorrer la miseria
de su anciano padre... Amigo,
este golpe me condena
á la pérdida cruel
del apoyo de mis fuerzas
inútiles; y os protesto,
que sin la beneficencia
de una muger virtuosa,
de hámbrre y de pesar muriera.

Fra. ¿Y sin embargo Vmd. ama
la vida? Vmd. la desea?

Tob. ¿Y por qué no, mientras hay
un objeto que interesa
mi corazón en un hijo?

Fra. Puede que Vmd. no le vuelva
á ver jamas.

Tob. Sin embargo
yo le conservo en la idea;
y aun quando esté decretado
que mis ojos no le vean,
esperaría la muerte
sin yo deseársela. Aquella
es la cabaña tranquila
en que nació; aquella vieja
encina creció conmigo,
y.. (casi tengo vergüenza
de decirlo) tengo un perro,
que en mi dolor me consuela.

Fra. Un perro!

Tob. Un perro; si, amigo,
riase Vmd. quanto quiera
pero sepa Vmd. que Miler,
la generosa, la buena
Miler, vino á visitarme
un dia en mi cabañuela,
y como el perro ladraba
viéndola entrar, dixo ella:
¿por qué no da Vmd., Tobías,
este animal, pues apenas
tiene Vmd. pan que comer?
Señora, y si yo le diera,
le respondí, ¿quien me amara
en mi soledad?

Fra. No sea

Al Baron que piensa profundamente.
causa de que Vmd. se enoje
la interrupcion; mas quisiera

que Vmd. oyese...

Bar. Si, Frantz,
todo lo escuché: ve y lleva
ese libro á mi aposento,
y te dexarás abiertas
las ventanas hácia el rio.

Fra. Voy, Señor. *Vase.*

Bar. No te detengas. *Con prontitud.*
Dime, anciano, ¿que te ha dado
Miler?

Tob. Aquel alma bella,
aquel alma angelical
me ha dado quanto pudiera
desear para comer
hasta el invierno.

Bar. ¡No mientas!
Y nada mas?

Tob. Y que mas?
Ella Señor, bien quisiera
librar á mi buen Ernesto;
pero por mas que lo sienta,
carece de facultades.

Bar. Salva ún hijo. A Dios.
*Vase con precipitacion, despues de
darle una bolsa de dinero.*

Tob. ¡Que nueva
felicidad es la mia! *Abre la bolsa.*
Valgame Dios! y monedas
de oro! Amigo, miradlo:

A Frantz que sale.

la confianza en la eterna
misericordia, jamas
nos engaña... oh providencia!

Fra. ¿Y quien es el generoso?

Tob. Su amo de Vmd... ¡ah, que pueda
gozar de su buena obra,
como de la recompensa!

Fra. Hombre singular!

Tob. Ni quiso
el buen Señor que le diera
las gracias, y ya iba léjos
ántes que mi torpe lengua
se moviese.

Fra. Ve ahí mi amo.

Tob. A Dios, amigo. Ello es fuerza
correr quanto me permitan
los años á dar la nueva
de su rescate á mi hijo.
¡Quanta será su impaciencia,
su placer, quando se abraza
con quanto amaba en la tierra;
con su amante y con su padre!

O tu, augusta omnipotencia,
colma de favor al hombre
generoso, -que tu diestra
cubra su frente de gracias:
extiéndase tu clemencia
en la felicidad suya.

¿Qué quien hay que la merezca
mejor que el hombre piadoso,
que tu imágen representa?

Vase por la derecha.

Fra. Ah! ¿por qué no soy yo rico?
¿por que yacen las riquezas
en manos de los crueles?
ay! si yo las poseyera,
socorrer al infortunio
serian mis complacencias.

Vase por la arboleda.

*La escena representa un salon del
castillo. Sale Eulalia con una
carta abierta.*

Eul. ¡Ah! ve aqui lo que me aflige,
Yo estaba ya mas contenta
en mi retiro, á pesar
de que no siempre se alberga
el gozo en el corazon
del solitario. ¡Oh, yo necia
y desgraciada muger!
en el claustro y en las selvas
te seguirá tu dolor,
clavado como una flecha,
Eulalia en el corazón.
Pero al fin, quando la pena
le oprimia con su peso,
yo lloraba sin dar cuenta
á nadie del llanto mio;
y errante triste é inquieta
por los campos del castillo
ninguno formó la idea
de que mi alma obedecia
á la irresistible fuerza
de una conciencia culpable
que por siempre me condena
á llorar léjos del hombre
mi criminal imprudencia.
¡Misera yo! si ellos vienen,
á Dios, ó dulce y amena
soledad, á Dios lectura
que tal vez has dado treguas
á mi dolor con tus gracias.
¿Y si acaso la Condesa
ó el Conde traen algunos
de los sugetos que puedan

conocerme? ay! que infeliz es aquel de quien recela el corazón criminal la inoportuna presencia de uno, de un solo testigo de su delito y su pena.

Sale Peters. Aquí estoy yo.

Eul. Muy bien, Peters, y Tobías?

Pet. Allí queda tan contento el pobre viejo.

Eul. Le dixiste de quien era el dinero?

Pet. Dios me libre.

Le dije, que no creyera que era usted la que le daba aquellas quantas monedas, que no era usted.

Eul. Muy bien dicho. *Sonriendose.*

Pet. Pero sin embargo piensa en venir á dar las gracias que quieras ó que no quieras.

Eul. Mira Peters, no permitas, que Tobias quando venga entre á verme; dile tú que duermo, que estoy enferma, ó que no tengo lugar. En fin, dile quanto quieras, y no le dexes entrar.

Pet. Bien, y si acaso se empeña, le agarraré por un brazo...

Eul. No, Peters, no hagas violencia al enfermo viejecito.

Pet. Me voy, que mi padre llega. *vase.*

Sale Bit. Buenos días, Señorita, yo celebro verla buena y graciosa como siempre. Usted me llama, y quisiera saber que novedad hay.

Eul. A Dios, Biterman. Hoy llegan los Señores del castillo.

Bit. Quien? el Conde? su Excelencia?

Eul. Si, amigo, de aquí á dos horas llega el Conde, la Condesa y su cuñado el Mayor de Horst.

Bit. ¿Lo decis de veras?

Eul. Usted sabe, Biterman.

Con dulzura.

que Miler no se chancea jamás.

Bit. Peters... y es posible?

¿Válgame Dios! quando vengan que dirán? Peters....

Sale Peters. Señor.

Bit. Ve á buscar á toda priesa al guarda bosques, y dile que me mande varias piezas de casa: que Juana limpie los quartos de su Excelencia, y le quite á los espejos el polvo para que pueda verse en ellos la señora.

Vase Peters.

Corre, marcha. ¿Que cabeza me ha puesto la tal noticia! Pero lo que me da pena es, que la cámara verde está toda descompuesta, y no habrá donde poner al Mayor.

Eul. ¿En la escalera no hay un quarto hácia el oriente?

Bit. Es verdad; pero esa pieza está para el Secretario: no obstante tengo una idea excelente: la casilla que alinda con nuestra huerta se la podríamos dar.

Eul. ¿Y como si vive en ella el extrangero?

Bit. No importa, que se vaya.

Eul. ¡Oh! bueno fuera cometer una injusticia.

Usted sabe, que no media el interes en su elogio, pues ni le he visto siquiera; pero quantos le conocen tienen repetidas pruebas de su virtud; y yo creo que la morada que arrienda la paga liberalmente.

Bit. Cierto, yo no tengo queja ninguna; pero...

Eul. Qué? vamos.

Bit. En fin, Miler, yo quisiera saber quien es. ¿Qué demonio! Siempre va huyendo diez leguas quando me ve, y aunque busco mil ocasiones diversas para hablar con el criado, ni tampoco me contesta. ¡Hoy hace buen día. Si.

„Ya los árboles empiezan
 „á brotar. Sí. Me parece
 „que hoy el amo se pasea
 „con gusto.” Sí. Mil demonios
 se lleven tanta reserva
 y tal callar, vaya, vaya.

Eul. Bien, pero con la impaciencia
 olvida usted á los Condes.

Bit. Pues si es verdad: usted vea
 que motivo habrá...

Eul. Las nueve.

Yo me voy á mis haciendas:
 á Dios, Biterman. *Vase.*

Bit. Sí, sí;
 tambien usted es linda pesca;
 ni tampoco sé quien es.
 ;Madama Miler! que buena
 hay tanta Madama Miler
 en el mundo! La Condesa
 la recibió hace tres años,
 para darle la intendencia
 del castillo, pero bien,
 quien es esta aventurera?
 de donde viene, y por qué?
 Ve aquí lo que me condena.
 Vaya, que es fatalidad
 no averiguar tan siquiera...

Sale Pet. Padre, padre, que ha llegado
 un Señor, venga usted apriesa,
 que es el Mayor de... de... vamos,
 que llega el Señor.

Sale el Mayor Horst. *Peters imita*
á su padre en toda esta escena.

Bit. Merezca

Con muchas cortesías.
 un mayordomo, Señor,
 ofrecerse á la obediencia
 de V. S. y mas quando tiene
 el honor de hablar de cerca
 y rostro á rostro al ilustre
 cuñado de su Excelencia,
 el gran Conde de Walberg.

Pet. De Walberg.

May. Oh! vamos, dexa
 cumplimientos, Biterman;
 ya ves que un hombre de guerra
 ni los hace ni recibe.

Bit. Señor, con vuestra licencia,
 aunque estamos en el campo
 veneramos la grandeza
 de los cuñados de un Conde.

Pet. Conde.

May. Muy bien, como quieras.
 Mi hermano y yo hemos pensado
 pasar esta primavera
 en el castillo.

Bit. Aunque fuese
 un año; pues sin que sea
 vanidad, he acumulado,
 Señor, y puesto en reserva
 con que admirar á los Condes.

Pet. A los Condes.

May. Bien, muy bella
 precaucion. Tu economía
 exige, segun mis cuentas,
 un disipador, y creo
 que en mi cuñado se encuentra
 quanto puedes desear.
 Ha dejado la carrera
 militar, y se propone
 concluir lo que le queda
 de vida en este castillo.

Bit. Y con eso las gazetas
 vendrán todas las semanas.

Pet. Semanas.

Bit. Por la escalera
 me parece... Sí, Madama
 Miler... Buena muger! buena!
 es el ama de gobierno.
 Yo voy á hacerla que venga,
 si gusta V. S.

Pet. Si V. S.

May. No te tomes esa pena.

Bit. ; Oh Señor! no puede serlo
 nunca para mi dar pruebas
 de mis respetos á V. S.

Pet. Tos á V. S.

Vanse Biterman y Peters.

May. ; Qué paciencia
 es necesario tener
 con estas gentes! El piensa
 hacerme quizá un obsequio
 en mandarme alguna vieja
 importuna y habladora
 que me rompa la cabeza.

Sale Eulalia, que hace una cortesía,
que anuncia su buena educacion.

Ola! no es vieja.

Eul. Señor,
 yo me doy la enhorabuena
 de conocer un hermano
 de la Señora Condesa
 mi bienhechora.

May. Y yo aprecio

B

un bien que me lisonjea,
pues por él conozco á Vmd.

Eul. Sin duda la primavera
ha dado motivo al Conde
de venir aquí.

May. No, bella
Miler, Vmd. le conoce:
que haga sereno, que llueva,
poco le importa, con tal
de que su casa no sienta
la tristeza ni el enojo.
Amistad, amor y mesa
son los placeres de un alma
como la suya, y si llega
á reunirlos, ve aquí
su codicia satisfecha.

Eul. En verdad, que la ventura
le favorece: riquezas,
salud, todo contribuye
á su dicha, mas si hubiera
probado tal vez los males
que á la humanidad rodean,
aun al lado de su esposa,
no gozaria de entera
felicidad.

May. Es muy cierto;
pero el alma epicuréa
de mi cuñado disfruta
de un bien que jamas altera
el dolor, y por gozar
de su libertad se deja
el servicio, y por vivir
tranquilo.

Eul. Aquí?

Algo turbada.

May. Si no encuentra
estorbo en la soledad.

Eul. Señor, el hombre que alverga
un corazon libre y puro
no puede encontrar en ella
sino la paz.

May. Yo aseguro,
que es esta la vez primera
en que una boca tan linda
hace su elogio.

Eul. No crea
V. S., Señor Mayor,
que mi sexo no respeta
la soledad, ni me haga
ese cumplimiento á expensas
de las mugeres.

May. Señora,

la verdad: ni Vmd. es hecha
para vivir en el yermo,
ni yo imagino que tenga
atractivo para Vmd.

Eul. Señor Mayor, quando reyna
una constante igualdad
en nuestra vida, es inmensa
la rapidez con que pasan
nuestras horas: las ideas
de un día retratan siempre
las del anterior; las mismas
ocupaciones y el mismo
placer. Quando en una bella
madrugada me levanto
por gozar de la serena
luz del sol amaneciendo,
bendigo la omnipotencia
de la mano que derrama
vida en la naturaleza.
Deja el ganado su establo
y las tranquilas ovejas
van al prado: el labrador,
sacudiendo la pereza,
unce los amigos bueyes,
y los vientecillos suenan
con sus rústicos cantares.
Vuelvo á casa, y mis haciendas
particulares me ocupan
hasta que la tarde llega
y voy á regar mis flores...
Mis flores, las compañeras
de mi soledad. En tanto
los mozos y las doncellas
me divierten con sus juegos
que dirige la inocencia,
hasta que el plácido sueño
y el cansancio nos dispersan.

May. Es verdad, pero el invierno...

Sale Pet. Toma, ya está en la escalera,
yo no puedo mas.

Eul. ¿Qué es eso?

Pet. Qué ha de ser? que se me cuele
Tobías... aquí está ya.

Sale Tob. Oh mi bienhechora! es fuerza,
es fuerza que yo...

*Queriendo abrazar los pies de Eula-
lia que lo impide.*

Eul. Buen hombre...

Válgame Dios! ¿no pudiera
Vmd. venir á otra hora?
ya vé Vmd....

Tob. Muger modesta

Pasa repentinamente á la tristeza desde la alegría que aparentaba.

May. ¿ Luego Vmd. , en esa suposicion , es viuda ?

Eul. Ay Señor! hay ciertas cuerdas en el corazon humano, que si las pulsas resuenan con dolor. Perdone V. S. , voy á ver si el Conde llega. *Vase.*

May. Vaya Vmd. , que ya la sigo.

Válgame Dios! ; quien creyera hallar en la soledad de una miserable aldea tal muger piadosa , noble, y como bella , modesta. Quien será ? pero que importa que sea ilustre , ó no sea para los hombres de bien ? No es mi corazon de piedra; ni cerrado á la virtud: ¿ no es compasiva , no es bella, no la amo ? pues ve aquí sus títulos de nobleza.

ACTO SEGUNDO.

La escena se representa en el salon antecedente. Salen el Conde , la Condesa , el Mayor , Eulalia , Biterman , Peters , un Postillon , dos Lacayos y una Camarera de la Condesa , que trae un niño de la mano.

Cond. En fin llegamos , el cielo bendiga nuestra jornada como puede. Bella Miler, cansado de mis campañas, en las banderas de Vmd. vengo á tomar una plaza.

Eul. Mis banderas , Señor Conde, ya solo en la retirada se despliegan.

Conde. Sin embargo, los amores y las gracias vuelan en contorno suyo.

Condesa. Vaya , amado esposo , vaya, Vmd. parece que olvida que estoy aquí.

Conde. Pero , amada esposa , bien puedo yo

hacer tambien lo que acaba de hacer su hermano de Vmd. que ha rebentado las jacas de mi tiro , por llegar con dos horas de ventaja.

May. Si hubiera sabido tienes de amable en tu casa, dirias bien.

Conde. Cara Miler, voy á complacer el alma de Vmd. como lo desea. Este niño es de mi hermana, de mi pobre Carolina, que ha muerto la desgraciada, y le deja sin amparo, con que suplamos su falta entre las dos.

Niño. Tia mia, es otra mamá ? qué guapa ! ay ! pues yo la querré mucho.

Condesa. Bien , Eugenio.

Al oir Eugenio se turba Eulalia , y despues profundamente pensativa se inclina hácia el Niño.

Eul. ¿ Qué se llama Eugenio ? Qué bello nombre !

Niño. Yo soy Eugenio.

Eul. Qué gracia !

Conde. Y bien , Biterman , yo creo, Dando á Biterman su espada y sombrero y se sienta.

que nos tendrás preparada una regular comida.

Biter. Señor , no será muy mala.

May. Oye , Condesa , ¿ quien es *Aparte á ella.*

ese tesoro , que guardas en este campo ?

Condesa. ; Oh , Señor enamorado , y que alma tiene tan tierna !

May. Responde.

Condesa. Y bien, que quieres ? se llama Miler.

May. Sí , ya lo sé ; pero...

Condesa. Pues yo tampoco sé nada mas.

May. Oh ! no burles.

Condesa. No burlo.

Vente conmigo á la sala del Conde , y allí verás que lo ignora. Eugenio...vaya.

ven á descansar un rato.

Querida Miler, no salga
Vmd. de aquí; pronto vuelvo,
y en la compañía grata
de Vmd. espero gozar
quantos gustos me prepara
la soledad, que amo tanto.

*Vanse la Condesa, el Mayor, los
Criados y el Niño.*

Con. Y bien, Biterman, ¿aun gastas
aquel buen humor que siempre?

Biter. Para servir á tan alta
Excelencia.

Con. Bien, yo espero
tener buenas temporadas
contigo.

Biter. Lo que es por mí
haré, Señor, quanto haya
que hacer.

*Por Peters, que le está haciendo
cortesías quando le mira.*

Con. Quien es ese tonto?
y qué significan tantas
cortesías?

Biter. Con perdon
de su Excelencia se llama
Peters, y es mi hijo.

Con. Ah! sí.

Y como estamos de caza?

Biter. Oh! de caza grandemente.
Mas yo he preparado varias
diversiones á mis amos.
Excelencia, es una octava
maravilla ver el parque:
obeliscos, lontananza,
ruinas y.. qué sé yo?
Por egemplo, allí á la entrada
del bosque, sobre el arroyo,
hay una puente labrada
á la chinesca... mas como!
con qué solidez!

Con. Pues vaya,

Se levanta.

hombre, miéntras que comemos
llévame á ver esas raras
invenciones.

Biter. Sí, Señor,

Biterman le dá el sombrero.
pues Vuecelencia lo manda,
tendré el honor de servirle.

Peters. Yo tambien.

Con. Pero, Madama

Miler, ¡ Vmd. trabajando,
sin hablar una palabra!
que es esto? yo vuelvo pronto,
y quiero verla ocupada,
seriamente en discurrir
como variar las gracias
y los placeres del campo.
Vamos, que ya tengo gana
á Biterman.

de ver la puenta chinesca.

Biter. Es magnífica.

*El Conde, Biterman y Peters parten
por la derecha de los actores. Eula-
lia, que desde que se fué la Conde-
sa se puso á bordar, derramando
lágrimas sobre el bastidor, y su-
mergida en una profunda meditacion
que solo interrumpe su llanto des-
pues de haberse ido los de la escena
anterior, dice, ya puesta
en pie.*

Eul. ¿ Qué pasa
en mi corazon? Dios mio!
¡ qué mocion inesperada
ha sentido, que mi llanto
jamás con tanta abundancia
se vertió! quando el dolor
me obedecia, las gracias,
la presencia de aquel niño
han aniquilado el alma
de una infeliz. Ay! su nombre
me recuerda quanto amaba
mi corazon en la tierra.
¡ Tambien esta madre ingrata
tiene un Eugenio! un Eugenio!
cuya maternal crianza
no es obra mia. ¡ Si ha muerto!
¿ quien sabe si ante las plantas
del Dios de los inocentes
él y mi pequeña Amalia
piden contra mí? ¡ oh idea
cruel! ¿ por qué despedazas
mi corazon, y su llanto
moribundo me retratas,
si no hay remedio? ¿ por qué
me pintas su amable infancia
luchando contra el dolor,
é implorando en su desgracia
la compasion que les niega
una mano mercenaria?
¡ Y cruel los abandona
su madre desventurada

é insensible ! ; ay , quan culpable criatura soy ! se me arranca el corazon al pensarlo.

¡ Y quando , quando mi amarga pena me devora el pecho ! quando debo en mis palabras aparentar un placer de que no goza mi alma.

Sale Peters apresurado , y gritando.

Pet. Ay Dios mio , ay !

Eul. Qué es eso ?

Pet. Que el Conde ha caído al agua , y su Excelencia se ahoga.

Eul. Pero ha muerto ?

Pet. No le falta mucho ; pero no se ha muerto.

Eul. Pues no grites , vamos , calla , que su esposa...

Pet. Que no grite ?

ay Dios de mi alma ,

Gritando mas.

que se ha mojado el Señor.

Salen la Condesa y el Mayor.

Condesa. Por qué das voces ?

May. Quien causa

este ruido ?

Eul. Señora , un ligero acaso , nada ; ya está fuera de peligro el Conde ; es verdad ? *A Peters.*

Condesa. Madama , pues que ha sido ?

Pet. La maldita puente chinesca... y estaba fuerte ; pero , ya se ve... ; tambien el Señor se agarra de los maderos ! si aquello no está para sufrir chanzas. Toma , así que los tocó , puf , se cayéron al agua , y el Señor se fué detras.

Condesa. Ay mi esposo !

Eul. Pero , vaya , *A Peters.* no le sacasteis al punto !

Pet. Quien ? yo y mi padre ? ya baja ! lo que hicimos fué gritar y gritar por las cabañas. A nuestros gritos llegó aquel hombre que no habla nunca , y soltando la ropa se tiró de un salto al agua , agarró al señor de un brazo ,

en la orilla me le planta bueno y sano , y se marchó sin decir una palabra.

Condesa. Ay hermano ! ay Miler mia ! venid , corramos en alas del deseo á dar al Conde nuestro favor y las gracias al generoso extrangero , que le sacó de las aguas.

Vanse precipitados.

El teatro representa la escena primera del primer acto. El Baron aparece sobre un asiento rustico , y de allí á un momento sale

Frantz.

Frantz. Quiere Vmd. comer ?

Bar. No.

Frantz. Vamos , un pichon.

Bar. No tengo gana ; come tú.

Frantz. Quizá el calor...

Bar. Puede ser.

Frantz. Pues bien , se guarda para la noche ?

Bar. No , come.

Frantz. Me da Vmd. licencia para hablarle un poco ?

Bar. Sí , Frantz.

Frantz. Pues , Señor , Vmd. acaba de hacer una buena accion.

Bar. Qual ?

Frantz. La de salvar...

Bar. Oh ! calla.

Frantz. Sabe Vmd. á quien ?

Bar. A un hombre. *Frantz.* Pero un hombre que se llama el Conde de Walberg.

Bar. Bien.

Frantz. Ese proceder me arranca *Otro silencio.*

mil lágrimas de ternura.

Bar. Qué debilidad !

Frantz. Una alma tan noble ! tan generosa !

Bar. Tú me adulas ? vamos , basta , *Se levanta.*

vete.

Frantz. Quando yo en silencio pienso en la jamas exhausta piedad de Vmd. ; en el gozo

con que alivia las amargas
penas de qualquier hombre,
y que á pesar de tan grata
virtud no es Vmd. felice,
se me parten las entrañas
de dolor.

Bar. Ay buen amigo.

Alargando la mano.

Frantz. Amado Señor, si tanta....

La coge, y habla.

melancolía procede
de alguna enfermedad rara,
yo sé de un médico docto,
que quizá podrá curarla.

Bar. Ay Frantz! mi mal es aquí,

Pone la mano sobre el corazon.

y á esta enfermedad no alcanzan
los remedios.

Frantz. ¿ Con que luego
es Vmd. por otra causa
realmente desdichado,
siendo tan bueno? ; Que amarga
situacion es la de Vmd. !

Bar. Yo sufro, sin que lo haya
merecido.

Frantz. Pobre amo !

Bar. ¿ Oividas que esta mañana
dijo el anciano : aun hay otra
vida mas feliz? pues calla,
esperemos, y suframos.

Franz. Esperemos.

Bar. Frantz.

Despues de algun silencio.

Frantz. Qué manda

Vmd. ?

Bar. Es fuerza partir.

Frantz. Y adonde será la marcha?

Bar. Dios lo sabe.

Fra. Yo estoy pronto á seguir á Vmd.

Bar. ¿ Me engañas

Frantz ?

Frantz. Señor, hasta la muerte.

Bar. Ay ! ojalá ! allí descansa

Con vehemencia.

para siempre el infelice.

Frantz. El justo goza de calma,
en todas partes ¿ Qué importa
la tempestad que amenaza
en derredor de nosotros,
si vive tranquila el alma ?
fuera de que, ¿ no está Vmd.
contento en su solitaria

habitacion ?

Bar. No : mil gentes
desconocidas acaban
de llegar á ese castillo;
y los que ignoran las gracias
de la soledad acaso
llamarán extravagancia
y ridiculez mi humor.

Frantz. No, Señor, la temporada
que le habiten será corta;
es un enjambre que vaga
aquí y allí, sin deseo
de posar sobre las ramas
de la soledad ; la moda
le trae aquí, y mañana
el frio y la moda misma
le llevarán de reata
á su primera colména.

Bar. Me parece, que acibáras

Con desconfianza.

tu reflexion.

Frantz. Ello es fuerza
mezclar tal vez con las gracias
la seriedad.

Bar. Y presumo;

que acaso quando le falta
objeto á la burla tuya,
lo soy yo.

Frantz. Quien, Vmd. ? vaya,
volved á caer de nuevo
en esa desconfianza
universal. Es posible...

Bar. Pero aguarda, Frantz, aguarda:

Mirando adentro.

¿ qué uniformes, qué plumages
son aquellos que se alcanzan
á ver ? huyamos.

Frantz. Huyamos.

Bar. Y presto ; si yo tardára
en hacerlo, era preciso
cerrar para siempre mi estancia
á su importuna visita,
y yo en ellos no extrañára
que á mi pesar penetrasen
hasta mi retiro : basta,
que llegan, voy á cerrar
mis puertas y mis ventanas. *vase.*

Frantz. Y yo aquí de centinela.

Paseando.

Con efecto no se engañan
en que á nosotros nos buscan;
pero al cabo, si ellos tratan

de saber quien es mi amo,
será en valde : no sé nada,
y nada sabrán.

Salen al bastidor la Condesa y su hermano.

Cond. Hermano,
aquel que por allí anda
será su criado.

May. Amigo, *Se acercan.*
podríamos ver mi hermana
y yo al extranjero ?

Frantz. No.

May. Con pocos minutos bastan
para verle.

Frantz. Se ha encerrado.

Cond. Dígale Vmd., que una Dama
se lo suplica.

Frantz. Ay Señora,
es en vano.

Cond. Cosa rara !
aborrece á las mugeres ?

Frantz. A toda la especie humana.

Cond. Y por qué ?

Frantz. Acaso le habrán
engañado.

Cond. Extravagancia
poco galante !

Frantz. Es verdad:
pero tambien quando halla
ocasion de dar la vida
á un hombre, corre y le salva,
exponiéndose á la muerte.

May. Mas vale , que no la falsa
y necia galantería:

pero tampoco una vana
ceremonia nos canduce
aquí para darle gracias.

La esposa , pues , y el cuñado
de aquel á quien de las aguas
ha libertado , desean
hacerle ver la eficacia
de su gratitud.

Frantz. Tampoco
gusta mucho de eso.

Cond. Vaya,
que es un hombre singular.

Frantz. Que solo vive en la calma
de la soledad.

Cond. No obstante
yo quisiera verle para
saber quien es.

Frantz. Yo tambien.

Cond. Pues Vmd. que le acompaña
no le conoce ?

Frantz. Y muy bien:
esto es, conozco el alma
virtuosa que le anima;
porque á la verdad , Madama,
¿ juzga Vucencia que solo
con saber el nombre basta
para conocer al hombre ?

Cond. Tiene Vmd. razon , me agrada
ese modo de pensar.

Y Vmd. quien es ?

Frantz. Yo , Madama...
un criado de Vucencia. *vase.*

Cond. Sin duda la extravagancia
de parecer singular
encierra en esa cabaña
á este hombre.

May. Y el criado
le imita bien.

Cond. Pues ya basta
de importunidad. Ahora
volvamos atras , que tardan
mi marido y nuestra Miler.

May. Escúchame antes, hermana.

El accidente del Conde
nos interrumpió en la sala
del castillo , y aun ignoro
lo que le importa con tanta
verdad á mi corazon.

¿ Quien es esta muger sabia,
esta muger singular,
cuyas virtudes y gracias
me han enamorado tanto ?
y te lo suplico , habla.

Cond. ¿ No sabes ya , que lo ignoro ?
que te admira ? es una exácta

verdad. Quando yo la ví
por primera vez en casa
me pareció sumergida
en su dolor , y entregada
á la tristeza. Con todo
no le pregunté la causa
de su pesar , porque juzgo
que los secretos que guarda
el desventurado , son
su desventura , y un alma
sensible ha de distraer
al infelice que calla
del objeto de su llanto.

May. ¿ Pero como tuvo entrada
en tu casa ?

Cond. Veslo aquí.

Tres años habrá que estaba yo en el castillo, y un día por la tarde mis criadas me dixéron que una jóven solicitaba la gracia de hablarme. Dixe que bien; quando pareció Madama Miler con esta modestia, esta sencillez que arrastra el amor; pero sus ojos con mil signos demostraban el tormento roedor, que se ha convertido en grata y dulce melancolía. Ella se arrojó á mis plantas, pidiéndome que salvase á la mas desventurada de la tierra. Yo seusable á su llanto y á las gracias de su juventud, la alcé, prometiéndola mi casa, mi proteccion y amparo sin afligir mas su alma con preguntas dolorosas; pero procuré con ansia conocerla: y advirtiéndole la virtud que se hospedaba en ella, muy desde luego no la admití por criada como pidió, sino amiga. Un día, pues, que pasaba con ella por estos campos, la ví absorta, enagenada, y con el alma en los ojos, contemplando la inexhausta é imponderable belleza de estas plácidas campañas. Por lo mismo la propuse mi castillo por morada constante de su infortunio. Ella, sin que otra palabra pudiese articular, coge mi mano, la besa y baña con llanto: su corazon agradecido brillaba en su llorar silencioso. Desde entónces, retirada en mi castillo prodiga su piedad en las cabañas del contorno con secreto; y en fin. Mayor, adorada

de quantos la ven, habita en mis campos solitaria. Ve aquí, amigo; lo que sé.

May. Poco, á la verdad, ó nada para dexar satisfecho mi deseo; pero basta para mi resolucion. Ayúdame; tu eficacia puede hacer que se declare; y con tal que sea honrada su familia, es mi muger.

Cond. Quien?

May. Miler.

Cond. Hermano...

May. Hermana...

querrás decir...

Cond. Poco á poco.

Las máximas que reclaman la igualdad de los estados no juzgues que son extrañas para mí; pero vivimos en sociedad, y la vara de la opinion...

May. Enriqueta,

en vano; en vano te causas: la virtud es siempre noble. Una pasion no esperada, tan rápida como activa, me subyuga y me arrebató. Yo no repugno á esconderme en la tranquila morada de la obscuridad, si en ella puede reposar el alma en paz y dichosa.

Cond. Pero

ya ves tú, que no me falta que responder: tú, Mayor, debes respetar tu casa y á tus amigos.

May. Yo debo,

(concluyamos, pues hermana) ser feliz y hacer felices á mis hijos, y me basta mi corazon para guía.

Cond. Ahora el amor apaga las luces de tu razon, y no adviertes en las causas que pudieran destruir tu intencion. ¿Quizá Madama Miler podrá recibir tu oferta sin repugnancia?

May. Ve ahí para lo que imploro



tu persuasión y tu gracia.
 Bella Enriqueta, conoce
 mi corazón á quien cansa
 y siempre cansó la necia
 galantería. La llama
 del amor, ó lo que usurpa
 su nombre no tuvo entrada
 jamás en él, y un amigo
 en otro tiempo llenaba
 toda su capacidad:
 hoy amo en fin, y me arrancas
 la felicidad, si estorbas
 una unión tan deseada.
 Pero compadéceme,
 habla por mí.

Cond. La palabra
 te doy de hacerlo, aunque veo
 tu error. No te persuadas,
 sin embargo, que confío
 convencerla... pero calla,
 que llegan aquí...

Salen Eulalia y el Conde por la derecha.

Cond. Por Dios,
 Señora Miler, que anda
 Vmd. por doce: no amiga,
 para el necio que apostará
 con Vmd.

Eul. Eso es costumbre,
 y á las dos ó tres semanas
 que V. E. lo ejerciera
 no le costaría nada
 el andar.

Cond. ¿Y donde está
 Biterman? le daré gracias
 por su puente á la chinesca,
 que á fé mía, es una alhaja
 digna de un Príncipe.

Condesa. Y bien,
 dime, ahora donde estabas,
 que te íbamos á buscar?

Conde. Donde estaba? con Madama
 venia; yo no sé mas,
 porque, amiga, mientras habla
 Miler no sé donde estoy.

Eul. En la colina cercana,
 hemos estado á la orilla
 del río que su pie baña,
 y fertiliza el contorno.

Conde. A la verdad, que es muy grata
 y amena la perspectiva
 que ofrece nuestra comarca,

mas oír la descripción
 poética y entusiasta
 de las bellezas del campo
 en la boca de la sabia
 Miler, es mas agradable.
 Con todo si no se enfada

A Miler.

Vmd., basta de paseo:
 me ha cansado la mañana,
 y luego el salto que he dado
 por Biterman.

Condesa. Si te cansas,
 vamos al castillo.

Conde. No;
 yo estoy fatigado para
 andar de nuevo, y la sed
 me molesta: que nos traigan
 cerveza inglesa. Mayor,
 qué tal? baxo la enramada
 la beberemos.

Condesa. Muy bien;
 y en tanto que tú descansas,
 la bella Miler, si gusta,
 me acompañará.

Conde. Pues vaya,
 no os alejeis. Voto vá!
 que no hay ninguno de casa
 que vaya por la cerveza.
 Ello es cierto que me enfada
 un holgazán de lacayo,
 que me cuente las pisadas;
 mas ahora.. allí está Peters...

Mirando adentro.

que anda á vueltas con las ramas
 de un peral. Peters, muchacho,
 eres sordo?

Dentro Peters.

¿ Quien me llama?

Conde. Yo; ven acá, que otro día
 te comerás las que faltan.

Dentro Peters.

Voy allá.

Condesa Pronto.

Sale Peters con muchas peras en el seno.

Aquí estoy.

Conde. Mira vete, sin tardanza
 al castillo por un frasco
 de cerveza (y no te caygas
 con él) que lo llevarás
 allí debaxo: despacha.

Peters. Voy corriendo.

Vase.

Conde. Señoritas,
hasta luego.

Se van por el fondo de la derecha.

Condesa. A Dios Madama
Miler, y bien, que os parece
mi hermano?

Eul. Que en él se hallan
mil prendas que le hacen digno
de serlo.

Condesa. Ya yo esperaba
una lisonja de Vmd.

Eul. Muy léjos de qualquier vana
consideracion, le miro
como un hombre á quien no falta
ni el valor, ni la virtud.

Condesa. Bella Miler, ni gallarda
persona: ¿ no es verdad?

Eul. Sí.

Condesa. Pero un sí, dicho con tanta
Remedándola con amistad.

indiferencia es un no:
y sin embargo idolatra
en Miler. ¿ Qué dice Vmd.?

Eul. Que una burla poco urbana
es indigna de V. E.;
pero esta será una chanza
inocente, y sin embargo
está mi alma tan lejana
de admitirla...

Condesa. Como Vmd.
de ser el objeto de basta,
que os hablo con seriedad.

Eul. Yo no afectaré una falsa
Llena de embarazo.

modestia; pero V. E.
me confunde y embaraza.
Fué un dia es verdad, Señora
en que brilló alguna gracia
en mí; pero el infortunio
ha borrado en su venganza
las facciones de mi rostro.
Ay! Solo la paz, la calma
del corazon embellecen
á la muger y las gracias
de que se enamora el justo
deben anunciar un alma
tan pura como tranquila.

Condesa. ¡ Ojalá que yo probára
la satisfaccion de ser
tan virtuosa!

Eul. Madama,
Con vehemencia.

¡ oh no lo permita el cielo!

Condesa. Como? *Admirada.*

Eul. Perdonad la causa
de mi agitacion. Señora,
soy una desventurada.
Tres años de pena y llanto
no hacen digna mi desgracia
de la amistad de V. E.;
pero sí de su inexhausta
misericordia. *Quiere irse.*

Condesa. No, Miler,
venga Vmd. acá; se trata
de un asunto, que merece,
atencion. La inesperada
sentencia que Vmd. se impone
á la verdad no me causa
extrañeza: Vmd. parece
á un enfermo que juzgaba
ver el infierno á su lado,
y este infierno solo estaba
en su cabeza.

Eul. Ah Señora!
que el infierno me acompaña
en el corazon por siempre.

Condesa. Miler, la amistad es grata
Tomándola las manos.

y consoladora. Nunca
exigí la confianza
de Vmd. sobre su infortunio;
y ha tres años que mi casa
oculta su desventura;
mas hoy otra nueva causa
me anima para saberla.
Vmd. habla con su hermana,
con su amiga y para prueba,
un hombre de bien os ama.
Vmd. quizá llamará
ligereza lo que acaba
de oír; pero amiga mia,
mi hermano posee una alma
sensible, un corazon noble,
y una virtud no violada.
El buscaba una muger,
que reuniese la sabia
educacion y belleza;
y la virtud y las gracias
le han enamorado en Miler.
La primera vez que hablaba
con Vmd., su compasion,
su beneficencia... vaya,

Miler demuestra vergüenza.
cara Miler, no prosigo,

porque juzgo que se agravia la modestia generosa de Vmd. En una palabra; él aspira á ser su esposo: su felicidad descansa en Vmd. sola; y supuesto que Vmd. me vé interesada en saber su desventura, haga Vmd. mas confianza de su amiga. Bella Miler,

Con la ternura de amistad.

mi corazon se dilata para recibir sus penas; haga Vmd. por derramarlas en él, y lloremos juntas, si yo no puedo aliviarlas.

Eul. No hay remedio, el sacrificio mas doloroso que el alma me sugiere arrepentida, es renunciar voluntaria á la estima de los buenos. Es preciso (Triste Eulalia *Apart.* empieza á pagar tu culpa.)
¿ Nunca oyó V. E. ? Ay ! basta,
Apartandose con miedo.
perdon... ¿ Nunca oyó V. E. el nombre ?... ; Desventurada !
; Quanto es cruel disipar la ilusion en que apoyaba V. E. su compasion ! *Apart.*
(; Pero una muger culpada podrá ser tan orgullosa ! No hay remedio.) En fin, Madama,
¿ Nunca oyó V. E. el nombre de la criminal Eulalia, Baronesa de Menó ?

Condesa. ¿ Que vivia en la cercana Corte ? Sí, Miler, y juzgo que ha causado la desgracia de un hombre de bien.

Eul. Dios mio !
de un hombre de bien !

Condesa. Ingrata !
y dicen que con un jóven huyó la infiel de su casa.

Eul. Verdad , verdad... ; ah Señora !
Se arrodilla.

dexe que inunde tus plantas con mi llanto ; no me niegues una infelice morada donde pueda yo morir.

Con. ; Gran Dios ! ¿ y que es lo que habla
Apartándose de ella.

esta muger ? Vmd. es... ?

Eul. Yo , la mas desventurada y abominable criatura.

Condesa. Vmd. será... ? ; Desgraciada !

El corazon se le rompe de dolor , y mis entrañas se conmueven con su llanto. Vamos , alce Vmd. : su amarga situacion me compadece ; pero evitemos que salga de nosotras un secreto, que Vmd. con razon callaba.

Eul. Ah ! mi conciencia Señora, mi conciencia me amenaza con su grito vengador. No me aborrezcais.

Condesa. Eulalia,
no , yo no aborrezco á Vmd. Sus virtudes , sus desgracias, su mismo remordimiento no borrarán una falta tan odiosa ; pero nunca negaré á Vmd. en mi casa un aposento en que lllore de un esposo que la amaba la pérdida irreparable.

Empieza á vagar furiosa por el teatro.

Eul. ; Irreparable !

Condesa. ; Oh incauta, oh desgraciada muger !

Eul. Y mis hijos !

Condesa. Basta , basta, por Dios.

Eul. ; El sabe si viven !

Condesa. ; Pobre madre !

Eul. Me arrebatan al hombre mas virtuoso.

Condesa. ; Infeliz !

Eul. Que idolatraba en esta muger indigna. *Con terror.*

; Misera yo ! Si su alma inocente me acrimina ante Dios !

Condesa. ; Ah ! como vagan sus ojos con el furor !

Eul. ; Murió para mí !

Condesa. La espada del dolor hiere su pecho.

Eul. ; Padre mio ! tu malvada

hija te cuesta la vida.
Condesa. ¡Quan cruel es la venganza
de la ultrajada virtud!

Eul. ¡Y yo vivo!
En todo el incremento de la pasion.

Condesa. Desdichada,
¿quien habrá que te aborrezca,
viéndote llorar? La falta

A ella, con amor.
de Vmd., infelice amiga,
quizá no habrá sido tanta.
la debilidad de Vmd.
ha sido un sueño, una vana
y pasagera ilusion.

Eul. *Con viveza.* No, no,
mi culpa es bien clara,
bien horrorosa, y querer
hacerla menor agrava
mi tormento... ¡Ah! nunca, nunca
es mayor, que quando trata
mi razon de disculparme:
no hay disculpa, ni se halla
para mi crimen, ni se halla
consuelo mio dimana
de saber que he merecido
la execracion de las almas
justas.

Condesa. Pero tambien ellas
no le negarán su gracia
á las lágrimas de Vmd.

Eul. Ah! si V. E. logrará
Mas tranquila.
conocer á mi buen Carlos!
quando esta muger ingrata
le vió... ay! él reunia
las virtudes y las gracias:
apénas tenia yo
quince años.

Condesa. ¿Y casada
quanto estuvo Vmd. primero
que abandonase la casa
de su marido?

Eul. Dos años.

Condesa. Pues luego ve aquí la causa
de un yerro á que no asentia
el corazon: su temprana
juventud.

Eul. La juventud
no me disculpa, Madama.
¡Oh inocente padre mio!
tú grabastes en mi infancia
los priicipios del honor.

Condesa. Lo creo; pero la incauta
inexperiencia resiste,
á la seduccion? y quantas,
quantas veces ha caido
la virtud en las lazadas
de un corruptor cauteloso!

Eul. Pues ve aquí lo que se llama
incomprehensiblen en mi yerro.
El autor de mi desgracia
y cómplice del delito,
se confundia en su nada
comparado con mi esposo.
Mas su lengua inveterada
en la seduccion, sabia
pintar cruel y tirana
la virtud de Carlos: este
tampoco lisongeaba
los caprichos de mi luxo,
que tanto aprecian las almas
nuevas como yo imprudentes,
y la eloquencia malvada
de mi corruptor indigno
seducia é inflamaba
mi vanidad. En fin... ay!
padre, esposo... hijos... (! oh caras
prendas!) todo lo dexé
por seguir... á quien? La innata
providencia se ha vengado,
permitiéndome que abra
los ojos sobre mi culpa.
Mil tormentos despedazan
mi corazon; Ah! yo siento

Se señala al corazon.
aquí, aquí... ¡Justicia santa
de mi Dios! yo lo merezco,
y te adoro en tus venganza.

Condesa. Pero un alma virtuosa
no pudo hacer dilatada
su ignominia.

Eul. Lo bastante
para jamas expiarla.
Ah! sin duda mi embriaguez
pasó presto, y en la amarga
pena que me circua,
invoqué desconsolada
el hombre á quien ofendí;
pero en vano: procuraba
tal vez escuchar el llanto
de mis hijos, que llamaban
á su madre, pero en vano.

Condesa. Dexemos ya tan ingratas
memorias. Vmd., en fin,

huyó de aquella tirana
cautividad ?

Eul. No pudiendo
soportar la odiosa carga
de mi error, vine á buscar
un asilo en la morada
de la virtud generosa,
donde pueda mi desgracia
llorar y morir.

Condesa. Amiga,
desde ahora se derrama
en mi corazón su llanto:
¡ oxalá hiciera mas grata
la suerte de Vmd. mi amor,
animando su esperanza !

Eul. Ah ! nunca, nunca.

Condesa. Y Vmd.
que sabe del Barón ?

Eul. Nada.
Solo sé que abandonó
su mansion amancillada
con mi desdoro.

Condesa. ¿ Y los hijos ?

Eul. Los llevó consigo.

Condesa. Basta
por ahora, que mi hermana
y el Conde vuelven. Eulalia,
Vmd. componga su rostro,
y oculte su desgraciada
situacion, que yo prometo
informarme donde para
Salen el Conde y el Mayor.
el Barón.

Conde. Y bien, Señoras,
no hacemos la retirada ?

Condesa. Quando quieras.

Conde. Dí, Condesa,
¿ es cosa de que haga falta
el extranjero á la cena ?

Condesa. Ni siquiera una palabra
nos ha querido escuchar.

Conde. A la verdad, que es bien rara
criatura, pero no importa,
es fuerza que yo le haga
conocer mi gratitud.
Conduzcamos estas damas
al castillo, y tú, Mayor,
si quieres, me harás la gracia
de duplicarle que venga:
Dile, que le hago la instancia
por tí, por no sonrojar
su modestia ; que le aguarda

el objeto de su zelo
generoso, y que si tarda
en venir, iré yo mismo
á sacarle de su estancia.

May. Yo admito la comision,
y la haré con eficacia
y placer. Su beneficio
es de aquellos que se graban
en un corazón sensible
y que la amistad consagra.

*El Conde da la mano á Eulalia,
que aparenta serenidad: el Mayor
da el brazo á su hermana, que no
se atreve á mirarle. Por la posi-
cion, la Condesa está cerca de Eu-
lalia, y le pasa el brazo por
el cuerpo con amistad.*

ACTO TERCERO.

*Sale Frantz con un cestillo en la
mano, en el qual se supone que
trae la comida, que quiere
hacer en aquel campo.*

Frantz. A la verdad esta vida
pacífica es de mi genio,
y no las agitaciones
anteriores. El sosiego
del corazón hace grato
qualquier frugal alimento,
que como tranquilo siempre
bajo este sereno cielo.
Pero quien viene ?

Sale el Mayor.

May. Querido.
llame Vmd. al extranjero,
que quiero hablarle.

Frantz. Señor,
es imposible ; mi dueño
huye de hablar con los hombres.

May. Vaya Vmd., en el supuesto
de que no soy un ingrato.

Le ofrece un bolsillo.

Frantz. No necesito dinero.

May. Pues bien, amigo, si quiera
satisfaga Vmd. mis ruegos.
Dígale Vmd. á su amo,
que el sacrificio ligero
de tres ó quatro minutos
no le podrá ser molesto

é importuno: que yo soy un militar tan sincero como el generoso, en fin, quanto pueda darle peso á mi súplica: sí, amigo.

Frantz. Voy, Señor, á ver si puedo

Despues de algun silencio.
hacerle venir. *Vase.*

May. Muy bien.

Pero si viene, ¿ qué medio tomaré para introducir mi súplica? no me acuerdo de haber tratado en mi vida misantropo mas austéro ni decidido: yo ignóro como hablar con un sugeto á quien su misma existencia, y á quien todo el universo se le han hecho soportables.

Frantz. Aquel es.

El Baron y Frantz por la izquierda.

Baron. Vuélvete á dentro.

¿ Quien me busca?

May. Vmd. perdone, caballero, si... que veo! eres tú, Menó?

Bar. Horst mio!

Se abrazan.

May. Mi buen amigo! es un sueño?

Bar. No: yo soy.

May. Válgame Dios!

Mirándole con dolor.

¿ qué pesares han deshecho tu noble fisonomía?

Bar. La mano del vituperio y la desventura... (Cárlas! *Apart.* calla, calla,) y dí, ¿ qué objeto te conduce á mi cabaña?

May. El de hablar á un extranjero insocial, y vesme aquí llorando en el dulce pecho de mi Cárlas.

Bar. ¿ Luego tú no sabías que en el centro de esta soledad vivia Menó?

May. No, amigo; el suceso de haber salvado la vida de mi cuñado me ha hecho venirte á buscar en nombre de su gratitud: primero te vino á llevar mi hermana consigo al castillo, á efecto

de hacerse gozar el fruto de tu beneficio en medio de su inocente familia; yo en fin venia de nuevo á suplicarte lo mismo, y este acaso me ha devuelto un amigo á quien lloraba perdido por largo tiempo, y de quien mi corazon necesitaba el consuelo.

Le abraza.

Bar. Soy tu amigo, sí, tu amigo; tu corazon es sincero y virtuoso, y el mio te ama como en un tiempo te amó. Horst, ¿ te lisongea una verdad que confieso en la efusion de mi alma? pues dame una prueba de ello, dexándome para siempre.

May. Quanto escucho y quanto veo es incomprendible, Cárlas. Tú eres; pero echo menos aquel rostro, que anunciaba tus virtudes, tu talento, tu afabilidad y gracias, que un dia constituyéron tu carácter.

Bar. Tú te olvidas que estás hablando de tiempos muy lejanos á nosotros.

May. ¿ Muy lejanos? yo comprehendo que tu edad, que apenas llega á treinta y seis años... pero ¿ por que evitas las miradas de un amigo? ¿ tienes miedo de que conozca en tus ojos tu dolor? ah! ¿ qué se ha hecho aquella penetración con que leias lo interno, del corazon?

Bar. Sí, Mayor.

Con una sonrisa dolorosa.
fuí muy hábil, lo confieso, en leer los corazones.

May. Ah! ; como agita tu aspecto esta funesta sonrisa! qué te sucede, qué es esto, amigo?

Bar. Lances comunes;

Afectando ligereza.

el mundo... nada... sucesos



ordinarios... sino quieres
Volviendo á su primera seriedad.

que te maldiga te ruego
 que no me preguntes nada;
 y si tienes en aprecio
 mi amor, déxame por siempre.

May. ¡Qué espectáculo tan nuevo
 para mí! Caro Menó,
 que despierten en tu pecho
 las ideas del placer
 anterior, y que tu muerto
 corazón se reanime.

á los ojos del primero,
 del mejor de tus amigos.

¿Olvidas quizá los bellos
 días de nuestra amistad?
 aquellos días serenos
 y las pacíficas horas

en que el Dios del universo
 apareciendo en sus obras,
 penetraba hasta los senos
 del alma, y la disponía
 á los plácidos afectos

de confianza y de amor?
 Ay! en aquellos momentos
 nos unimos para siempre!
 te acuerdas, Carlos?

Bar. Me acuerdo.

Procurando ocultar su turbacion.

May. ¿Y no merezco yo ahora
 tu confianza? ah! no es cierto,
 que tú y yo fuimos amigos
 no de los que reúne un necio
 capricho por un instante,
 y el instante venidero
 los desune siempre juntos
 hemos volado al encuentro
 de la muerte... Carlos mio,
 yo te juro que padezco
 en recordarte las pruebas
 de mi amor... pero á lo menos
 ¿reconoces esta herida?

Se descubre el pecho.

Bar. Ay hermano! ese sangriento

Le abraza.

golpe libertó mi vida
 ¡pero qué don tan funesto
 hiciste en ella á tu amigo!

May. Habla, por Dios.

Bar. No hay consuelo
 para mí.

May. Lloremos juntos.

Bar. Ve ahí lo que yo no quiero:
 ya no hay mas llanto en mis ojos.

May. Pero depon tus secretos
 en mi corazón: y el tuyo
 descansará.

Bar. No hay remedio:
 este mio es un sepulcro
 cerrado; ¿por qué de nuevo
 abrirle á la luz?

May. Acaso
 para cobrar tu primero
 ser, tu dignidad antigua,
 que has perdido. Me avergüenzo
 de tí, ¿un hombre tan prudente
 dexarse hollar indiscreto
 por la suerte? Tú no eres
 mi buen Menó, compañero,
 maestro y amigo mio:
 la nobleza de tu recto
 corazón debió elevarte
 sobre tu destino adverso
 y la injusticia del hombre.

Bar. Escucha. Que desde luego

Después de un corto silencio.

piense de mí lo que quiera
 ese mundo que aborrezco;
 pero es fuerza que al dexar
 la sombra de tu primero
 amigo, sepas la causa
 que aniquiló sus afectos
 mas plácidos para siempre.
 Hermano! desde el momento
 en qué dexamos las tropas
 de Francia, huyó sin remedio
 la ventura de tu amigo.

El deseo lisonjero
 de ser útil á mi patria
 me fixó en ella. Defectos
 de legislación, y abusos
 del poder diéron al celo
 de mi pluma un largo espacio;
 y solo adquirí por premio
 la certidumbre terrible
 de que pueden ser los buenos
 aborrecidos sin causa.

Herido en lo mas interno
 de mi corazón, callé...

¡Tardío conocimiento!
 ah! los hombres no perdonan
 nunca al virtuoso necio,
 que ha querido ser mas sabio
 que los otros: y en efecto,

tal fué mi suerte. Yo triste, viví solitario y léjos de la multitud. Mi patria, esperando que en su seno gozara yo de mis bienes me dió el no pedido empleo de Teniente Coronel, que admití, sin el anhelo, de ser mas. Mi Coronel murió, y en mi regimiento habia tres oficiales de mi grado y de mas precio por sus méritos que yo. Juzga tu quan satisfecho, me quedaria, si hubiera recaído en uno de ellos la eleccion; pero la Dama de un Ministro sin talento y con amor, dió aquel grado á un mozo vano y soberbio que seis meses hace habia hecho el primer juramento en las banderas; y ayzado pedí mi retiro. En esto corriéron por la ciudad mil sátiras y libelos sobre su eleccion injusta, que me imputáron. Yo, léjos de humillarme á desmentirlos sufrí sin pavor los hierros de una prision; pero apenas me ví libre, dexé un pueblo fatal á los virtuosos. Confiado yo en mi recto corazon y en mi tardía prudencia, desprecié el riesgo, de vivir entre los hombres, y vine á Cásel. Risueño todo, todo venturoso me parecia en mi nuevo domicilio: mi fortuna y carácter me adquiriéron varios amigos... ¡Amigos! En fin, á muy poco tiempo hallé una esposa inocente, jóven, bella, y el modelo de la virtud y las gracias. ¡Quanto la quiso mi tierno corazon! ¡y quan felice viví con ella en el seno de mi plácida familia, y con el nombre halagüeño

de padre! Sí, amigo mio, ve aquí los solos momentos en que conocí la dicha... Ay misero! Como? aun vierto

Limpiando los ojos.

lágrimas! ya no esperaba derramarlas. Acabemos. Uno á quien llamaba amigo, y á quien juzgaba sincero y justo, robó mi casa. Yo devoré el sentimiento de mi pérdida, y tranquilo conocí, que satisfecho el corazon, no codicia esos goces pasajeros del luxo: en fin desterré de mi familia el exceso inútil; y limitando mi sociedad á un estrecho círculo, conservé en ella un jóven, cuyo modesto lenguaje, cuya conducta justificaban mi aprecio, á quien prodigué mi hacienda, para quien obtuve empleos y cargos... y este seduxo á mi muger en secreto, y huyó con ella. Ya sabes mi desgracia. ¿Basta esto para mótilvar mi odio? odio universal y eterno, ¿ó llamarás ilusion mi afrenta y mi vituperio? Ay! el alma de Menó pudo soportar el peso de los hierros, la injusticia y la muerte; mas los hierros, la injusticia y aun la muerte ¿qué pueden ser en cotejo del agravio de una esposa, el dulce y único objeto de mi amor, y por quien solo me fué grato el universo? *May.* No era digna de tí, Cárlos, y llorar sin mas consuelo por una muger infiel es delirio. *Bar.* No me ofendo de que llares como quieras las afecciones que pruebo; pero el corazon no cede á la fria razon... Cielos! yo la amo aun.

May. Donde está?

Bar. Ni lo sé, amigo, ni quiero saberlo. *May.* Pero y tus hijos?

Bar. En una aldea no léjos de mi soledad se crian, humildes á los preceptos de una muger buena y necia.

May. ¡ Siempre Misantropo ! ¿ Pero por qué no viven contigo como el único remedio de hacer ménos dolorosa tu existencia ?

Bar. No, su aspecto, copia de una ingrata madre, me ofrecería el recuerdo de mi fugitiva dicha: y en fin, amigo, no puedo sufrir en derredor mio ni los niños, ni los viejos, ni los hombres; y si el uso no me hubiera casi hecho indispensable un criado, no sufriría el que tengo, aunque sé que entre los malos quizá no es el mas perverso.

May. Ya veo, que á la amargura de tu dolor los consuelos ordinarios serán vanos; pero la amistad al ménos te será grata. Ven, Cárlos, donde te aguarda el afecto de mi familia.

Bar. Quién ? yo ? ¿ yo frecuentar el comercio del hombre ? Horst, ya lo dixé.

May. Es verdad; pero yo creo que, á no ser un insensible, no puedes hacer desprecio de unas almas que agradecen.

Bar. Hermano mio, no niego que dices bien; pero si supieras quanto padezco en ver á un hombre ! no, amigo, déxame con el silencio de mi soledad.

May. Siquiera una sola vez te ruego.

Bar. No, no.

Sin aspereza.

May. Cárlos, no rehuses esta gracia á tu sincero, á tu buen amigo.

Bar. Escucha.

Despues de reflexionar.

Tú lo suplicas, y quiero complacerte. Pero en fin, que sea como un encuentro casual, un solo instante. Conducelos aquí, y luego que lleguen al pabellon, ven por mí, que yo te espero, y tú me presentarás.

May. Bien, y yo me lisongeo que nos haréis compañía en el castillo algun tiempo.

Bar. No lo esperes, y te exijo la palabra, el juramento de que no pondreis estorbo á la fuga que proyecto mañana. *May.* ¡ Qué obstinacion !

Bar. Dame tu palabra, ó vuelvo á retractar la que dí.

May. Bien, Cárlos; pero...

Bar. Te advierto, que digas á tu familia, que mis adornos son estos que ves. *Señalando el vestido.*

May. No importa: mi hermano ama solo en tí lo recto de tu corazon. Ven, Cárlos, abracémonos de nuevo, y admite las expresiones de la amistad. Ah ! no creo, que este abrazo afectuoso

Le abraza.

haya de ser el postrero. *Vase.*

Bar. Frantz. *Sale Frantz.* Señor.

Bar. Mañana mismo partimos. *Frantz.* Bien.

Bar. Pero pienso, que léjos de aquí.

Frantz. Yo, vamos.

Bar. Quizá, para pueblos de la otra parte del mar.

Frantz. Adonde Vmd. quiera.

Bar. Isleños pacíficos y felices del mar del Sur ay ! yo vuelo á morir entre vosotros.

Los piratas Europeos dicen que robais. ¿ Que importa que me despojeis del resto de una propiedad inútil ?

El tesoro de mas precio.

el reposo de mi vida
me lo han robado en el seno
de mi patria. Viva yo
muerto para el hombre , muerto
para el universo , ingrato
origen de mi tormento.
¿ Oíste , Frantz ? á la aurora
mañana sin falta...

Frantz. Entiendo.

Saca el sobre de una carta.

Bar. Pero... Frantz, primero importa
que vayas sin perder tiempo,
á casa de la persona
que dice aquí. Yo te quiero
autorizar con mi letra
para que ántes del sol puesto
te vuelvas con mis dos hijos.

Frantz. Vmd. hijos! *Bar.* Sí.

Bar. Qué genio!

válgame Dios! y ha tres años
que sirvo á Vmd. sin saberlo.
¿ Luego Vmd. ha sido esposo ?

Bar. Frantz , no me atormentes necio
con preguntas.

Frantz. Pues me irá. *Vase.*

Bar. Aguárdame en mi aposento.
Sí , yo quiero acostumbrarme
á estrecharlos en mi seno.

Estos pobres inocentes
no deben quedar expuestos
á una educacion viciosa.
Oh nunca sea! primero,
ignorados qual su padre,
corran por el campo abierto
con el arco y con la flecha,
como las auras ligeros,
y el arte de manejarlos
sea todo su talento.

Pero alguien se acerca. Vamos
á escribir primero , y luego
á cumplir con la amistad
por última vez.

*Vase: y salen la Condesa, el Conde,
Eulalia y el Mayor.*

Cond. Reniego

de tanto andar. Vaya , vaya,
que las Señoras me han puesto
en ejercicio ; y fortuna
de que soy el compañero
de la bella y eloqüente
Miler. Y bien , ¿ con que habemos
reducido al Misantropo

á venir aquí? Por cierto
raro hombre! pero nunca
hará menor en mi aprecio
su virtud la extravagancia.

May. Voy por él ; pero te ruego
no exasperes su carácter
con instancias : por lo ménos
la franqueza logrará
que desarrugue su ceño. *Vase.*

Cond. Bien , haré lo que tu quieres.
Vamos, muger, ve aquí el tiempo
de hacer uso de tus gracias
tu ya estás en el empeño
de curar este salvaje
melancólico extranjero,
y ello es fuerza.

Cond. ¿ Quien pudiera
conquistar á nuestro sexo
un hombre , que ha resistido
á los ojos halagueños
de nuestra Miler ?

Eul. Señora,
aun quando no fuera incierto
ese poder en mis ojos,
mis ojos nunca le viéron.

Cond. Qué rareza! pero él llega
con mi hermano. Yo celebro
ver al hombre generoso...

Eul. Ay! *Bar.* Dios mio!

*Cárlos hace al llegar una cortesía
á las damas , Eulalia le mira, dice
Ay! y caye demayada en los brazos
de la Condesa : Menó la reconoce,
y al decir Dios mio! tapándose el
rostro con las manos huye despa-
vorido hácia su habitacion. En tanto
el Mayor admirado y triste de lo
que acaba de pasar , permanece en
silencio hasta que el Conde , y su
muger han conducido al pa-
bellon á Eulalia.*

Conde. Santo cielo!

qué es esto ? querida Miler!

Condesa. No vuelve : y el extranjero
se ausentó ; pero acudamos
á Miler.

Conde. Vamos á dentro
del pabellon , que está cerca,
á desahogarla el pecho.

La conducen entre los dos.

May. ; Esperanza lisonjera,
vana imágen de mis sueños

deliciosos! yo tendia mis brazos en pos del viento, que disipó mis placeres como la niebla. El secreto se descubrió: yo adoraba á la muger de mi tierno amigo... Y bien, ¿qué seria imposible á mi deseo la reunion de dos almas dignas del amor eterno que se juraron? ¿Acaso un delito pasagero (mas debilidad que culpa) habrá por siempre deshecho el lazo que les unia? Ah! no, yo me lisongo de hacer feliz nuevamente á mi Carlos; y si puedo conseguir esta ventura, no diré que yo la pierdo.

Sale del pabellon el Conde.

Conde. A Dios, Mayor.

May. Y la Miler?

Conde. Miler al instante ha vuelto de su accidente, y ya queda mas tranquila y escribiendo: pero quizá mi presencia la importuna, y yo no quiero comprimir su corazon. Sin embargo, Mayor pienso que tú y mi muger sabeis mucho mas en el suceso actual, que yo.

May. No envidies en este caso, te ruego, esa triste preferencia.

Conde. No, hermano, no; yo respecto la causa de su afliccion, y sin saber mas te dexo. Haz siempre por detener al virtuoso extrangero á quien amo, y á quien Miler, sino me engaño, hará menos insocial y Misantropo. En el castillo te espero, A Dios. *Vase por la derecha.*

Salen Eulalia y la Condesa.

May. A Dios.

Condesa. Y mi esposo?

May. En este propio momento se aleja de aquí. Señora, A Eulal. No perdamos sin provecho

estos preciosos instantes: procuremos buscar medios en tan repentino acaso de que Vmd. vuelva de nuevo con el mejor de los hombres.

Eul. Pues como?... que!.. caballero...

May. Menó, Señora es mi amigo desde la niñez; los riesgos de la guerra confirmaron nuestro cariño primero. Pero hace ya siete años que léjos de él, y mas léjos de saber de su destino, gemia en el desconsuelo de mi corazon. En fin, le hallé, Señora, y su pecho derramó su acerba pena en el mio.

Eul. Oh Dios! yo pruebo quanto abate al criminal la presencia de los buenos. Ah! Señora, ¿donde, donde me ocultaré?

Esconde la cara entre las manos de la Condesa.

May. Si un eterno dolor; si una larga serie de lágrimas y tormentos, si la virtud afligida no nos dan algun derecho al amor y á la clemencia de los hombres y del cielo, quien nos le dará? Muger desafortunada, el sueño de tu honor fué de un instante, y la culpa de un momento borró el llanto de tres años. Sí, Señora, yo penetro el alma de mi buen Carlos; él quedará satisfecho: y yo corro á interceder por Vmd. con todo el fuego de la amistad que me anima. Venturoso yo! si puedo perpetuar la memoria de una accion de cuyo efecto dependerá para siempre mi placer y mi consuelo.

Hace que se va.

Eul. No, Señor Mayor, yo adoro su honor, y el injusto pueblo

no perdonaria nunca su debilidad: al ménos no le añadamos dolor á dolor... Ah! viva léjos de mi felice, y no pruebe por mas tiempo el vituperio de llamarme esposa.

May. Y qué

Vmd. desprecia mi celo?

Eul. No, Señor; mas oiga V. S.

lo que suplicarle quiero. Muchas veces, que oprimido mi corazon con el peso de un delito imperdonable juzgaba que los consuelos huyéron de mí por siempre; quizá pensé, que si el cielo por última vez cumplia los votos de mi deseo dexándome ver mi esposo para confesar mi yerro á sus plantas generosas, seria ménos intenso mi dolor. Y por lo mismo haced que atienda mis ruegos: que me conceda el llorar por unos cortos momentos ante sus ojos, si acaso puede sufrir el aspecto de una muger criminal.

Pero no juzgue que anhelo su perdou, ni que yo quiera restablecer mi concepto á expensas del honor suyo.

Ay! solo verle deseo, y preguntar por mis hijos.

May. Si no perdió sus derechos en el corazon de Cárlos la humanidad, yo prometo que lo hará. Dexad ahora, porque no tenga un pretexto de rehusar mi visita, estos contornos. Yo vuelvo en favor de Vmd., Eulalia, á las plantas de mi tierno amigo

Conde. Ay hermano! nunca te quise como te quiero.

La Condesa le alarga la mano con la expresion de la amistad: Eulalia echa una mirada al Mayor, que explica su reconocimiento; despues

se arroja sobre la mano de la Condesa, que la coge en sus brazos y se entra con ella por el bastidor anterior al pabellon.

May. No hay en la tierra dos almas semejantes: su primero lazo no debe romperse, y Cárlos puede sin riesgo perdonarla... ; perdonarla! ¿y como eludir los zelos del pundonor, que no siempre es una quimera? Pero una jóven inexperta la víctima de un perverso que la arrastró á los delitos, y cuyo arrepentimiento ha sido tan dilatado, tan doloroso y severo...

Ah que el mundo no recibe justificacion del bueno que fué débil un instante. ¿Pero Cárlos no huye léjos de su injusto juez? no piensa sepultarse en el secreto de la obscuridad? ¿no ama su corazon al objeto de su llanto? Si pues ella le servirá de universo

Sale Frantz con los niños Eugenio y Amalia.

Eug. Yo me canso.

Amal. Yo tambien.

Eug. Y diga Vmd. llegaremos pronto? *Frantz.* Sí, pronto.

May. Detente:

dime, que niños son estos?

Frantz. Los de mi Señor.

Amal. Es este

Papá? *May.* No desperdiciemos la ocasion. Amigo, escucha; yo sé que amas á tu dueño, y me debes ayudar.

Frantz. En qué?

May. No ha muchos momentos que hallé á su muger.

Franz. De veras?

¡ay, Señor, quanto me alegro!

May. Ya conocias á Miler?

Franz. Y es ella?

May. Sí, pero creo, que huye de ella tu Señor, y ve aquí lo que debemos evitar.

Franz. No hay duda ¿ y como ?

May. Sus hijos pueden hacerlo:

llévalos al pabellon,
que dentro de poco tiempo
sabrás mas. *Franz.* Pero...

May. No quieras
inutilizar mi celo
con tu detencion.

Los conduce al pabellon.

Muy bien.

Mas él llega. Si : yo espero
que la inocente sonrisa
de sus hijos pequeñuelos
penetre su corazon,
si resiste al lisongero
mirar de su bella madre.

Sale el Baron.

Y bien, Carlos, ya te veo
ménos infelice,

Bar. Como ? *May.* Hallándola.

Bar. ¿ Quanto es necio
el que quiere consolarme,
demostrándome á lo léjos
el tesoro que perdí ?

May. No es necesidad , si de nuevo
puedes volver á gozarle.

Bar. Te entiendo , Mayor á efecto
de conseguir mi perdon
te envia ; pero te advierto,
que es en vano.

May. Que tu esposa,
me envia , no te lo niego ;
mas no para reuniros.
Ella te ama , su consuelo,
su ventura la aborrece
sin tí. Pero yo te ruego
que aprendas á conocerla,
y creas que adora ménos
á Carlos , que á su opinion.

Bar. Pues á que vienes ?

May. Primero
en mi nombre como amigo,
como hermano y compañero
de armas á suplicarte
que le perdones un yerro
involuntario : no , nunca
nunca (yo lo juro al cielo),
verás su igual. *Bar.* Es verdad.

May. No me niegues , que tu pecho
la tiene amor.

Bar. Ay amigo !

Le coge la mano.

May. Pues bien , el remordimiento
Con calor.

ha expiado ya su culpa.

Sí , Carlos , vuelve de nuevo
á ser feliz. *Bar.* Ser feliz !
ser yo feliz ! ¿ como puedo
ser feliz , si ya los hombres
han roto el lazo , que un tiempo
fué mi placer , y le han roto
para siempre ! ah ! yo no debo
violiar la ley que me imponen
las opiniones de un pueblo.

May. ¿ Y que te importan los hombres ?
quien ha sabido en el tiempo
de tres años de amargura
no codiciar el comercio
de un mono que despreciaba,
podrá concluir el resto
de su vida en compañía

de su amiga. *Bar.* No hay remedio.

¿ Con que todos se conjuran
con mi corazon , á efecto
de trastornar mi razon !
¿ dí , qué quieres de mí ! *May.* Quiero
que la veas : ¿ negarias
á tu esposa este consuelo ?

Bar. Venga , pues ; pero no juzgue
envilecerme : la veo
para no verla jamas.

Ma. Espérame aquí un momento. *Vas.*

Bar. Y bien , Carlos , ya se acerca
el instante postrimero
de tu dicha. La verás,
sí , tú verás al objeto
de tu amor , verás la madre
de tus hijos ! ah ! ¿ y no vuelvo
á estrechar mi corazon
con su enamorado pecho ?...
Abrazarla yo ! ¿ no es ella
la que derramó tormentos
en la copa de mis dias ?
¿ no es ella por quien padezco,
y por quien maldigo al hombre ?
Pobre Carlos ! no hay remedio ;
tu suerte está decretada.
Sin embargo no pretendo
tratarla con crueldad :
ella verá , que respeto
su llanto , que la perdono,
y en fin que la compadezco.
¿ Pero quien... ¡ ay , que es Eulalia !
Pundonor , orgullo , zelos,

ve aquí la muger. que me hizo
infeliz sin merecerlo.

*Salen Eulália, la Condesa, y el
Mayor y Eulalia toda tremula y
confundida dice á la Condesa.*

Eul. Ah generosa muger!
dexadme: si tuve esfuerzo
para la culpa, tampoco
me la ha de negar el cielo
para explicar mi dolor.

*La Condesa y el Mayor entran en
el pabellon.*

Ay, con quanto rubor Hegó! Señor.
*Se acerca á Carlos que sin volver
la cara, aguarda conmovido que
ella empiece á hablar.*

Bar. Qué quieres, Eulalia?
*Con dulzura, pero sin volver la
cabeza.*

Eul. No, no por Dios! huye léjos
de mi oido la dulzura
que me despedaza el pecho,
hombre piadoso: resuenen
solo en él los duros ecos
de la indignacion.

Bar. Y bien? *Con severidad.*

Eul. Ah! si el hombre á quien ofendí
se dignase darme quejas,
quanto aliviaria el peso
de mi corazon! *Bar.* Yo quejas!
mis muertos ojos, el negro
velo que los cubre, el llanto
que derramaron un tiempo
se podrán quejar por mí;
pero no yo. *Eul.* Ese silencio

generoso me aniquila,
multiplica los tormentos
de mi penar. ; Oh Dios mio
á quien agravié! *Bar.* Al primero
y al mejor de tus amigos.
Pero ya ves que debemos
separarnos para siempre.

Eul. Ah Señor! si ya lo veo:
tampoco imploro mi gracia,
ni vengo con el intento
de conseguir el perdon,
el perdon que no merezco.
Solo pido, que algun dia
no maldigais al objeto
de vuestro primer amor.

Bar. No, Eulalia, no; yo no puedo
maldecir á quien me hizo

venturoso en mas serenos
dias. No, jamas, jamas,
triste muger. *Eul.* Conociendo
la iniquidad de mi ofensa,
para que volvais de nuevo
á ser mas feliz esposo,
ve aquí, Señor, os entrego

Le presenta un papel.
este papel de divorcio,
en el qual, Señor, confieso
mi delito.

Ba. Oh, nunca sea! *Lo toma y lo rompe*

Tú sola tuviste imperio
en mi corazon, Eulalia,
y tu imperio será eterno.
Mi honor sacro é inflexible
me prohíbe aun el deseo
de unirme á tí; pero nunca
tendrá lugar en tu lecho
nueva esposa.

Eul. Solo pido

Despues de algun silencio.
al despedirme... *Bar.* Primero
escucha. Yo he conocido
quanto es sensible tu pecho
al llanto del infortunio,
y será justo que al ménos
satisfagas tu piedad,
y no vivas con el riesgo
de implorar la compasion
agena: toma este pliego,

Le ofrece uno que saca de su cartera.
que te asegura una renta
moderada. *Eul.* No le acepto.

El trabajo de mis manos
será todo mi consuelo,
y el pan que riegue mi llanto
me servirá de contento.

Bar. Tómale, Eulalia. *Eul.* Señor,
bien lo sé que yo merezco
mas humillacion, mas pena;
pero no añadais, os ruego,
á mi rubor esta afrenta.

Bar. Cruel hombre, hombre perverso,
; ah que muger me has robado!
En fin, Eulalia respeto
tu virtud. Pero si acaso *Con amor.*
probases en algun tiempo
la indigencia, te suplico
que recurras al momento
á mí.

Eul. Bien está.

Bar. Con todo,

Le da una caxita con joyas.

estas joyas que te ofrezco
tómalas pues que son tuyas.

Eul. No, Señor, estos objetos
me acuerdan aquellos días
en que digna del afecto
de mi esposo y de mi padre,
bendecía el universo
mi ventura. Solo admito

Saca de ella un Relox.
este relox, que mi Eugenio
llevaba, y al qual rodean
de mi Amalia los cabellos.

Ah! yo le conservaré,
yo le arrimaré á mi tierno
corazon arrepenido,
y le besaré muriendo.

Bar. Dios mio! no puedo mas.

A Dios, Eulalia...

Eul. Primero *Le detiene.*
tranquilidad á una madre.

Viven mis hijos? han muerto?

Bar. Viven. *Eul.* Hombre virtuoso,

no desatendais mi ruego:
permitid que yo los vea,
y los estreche á mi seno
por última vez... Dios mio!

Si supierais que tormento
me arrancaba las entrañas
mientras he vivido lejos
de mí Carlos y mis hijos:
al ver á los pequeñuelos
inocentes de su edad
en sus pacíficos juegos!

Ah! permitidme, Señor,
que yo los vea, y me aleje
dellos y de vos por siempre.

Bar. Eulalia, yo te prometo
que los verás esta noche:
los aguardo de un momento
á otro, apénas lleguen
mi criado irá con ellos:
tenlos contigo hasta el alba,
pero devuélvelos luego
á su desdichado padre.

Eul. En fin, ¿que ya no debemos
vernos en la tierra? A Dios,
hombre generoso y bueno,

olvidad á una infelice,
que no querrá en ningun tiempo
olvidaros.

Repentinamente le coge la mano,
se arrodilla y la besa.

Ah! déxadme,

Señor, que bese primero
esta mano que fué mia.

La Condesa tiene al niño en los bra-
zos, el Mayor á la niña, y salen
poco á poco del pabellon, de modo
que no llegan á Carlos y Eulalia
hasta el último á Dios.

Bar. Eulalia, no, alza del suelo:
no te humilles, y recibe
por fin el á Dios postrero.

Eul. Para siempre!

Bur. Para siempre!

Eul. ¿ Puedo llevar el consuelo,
de que no me aborreceis?

Bar. No, Eulalia,
no te aborrezco.

Eul. En fin, quando mi dolor
haya expiado mis yerros,
la muerte nos unirá,
con el Dios del universo.

Bar. Ante sus ojos no reyna
la preocupacion del necio,
y allí gozaremos juntos
la eternidad de los tiempos.

Sus manos se enlazan, y mirándo-
se con la mayor ternura, se dicen
con voz trémula.

Los dos. A Dios.

Ellos se separan, pero al volver el
rostro encuentra Eulalia á la Con-
desa cerca de ella que levanta al
niño, y le pone á los ojos de la
madre; Eulalia le toma en sus bra-
zos y estrecha con su corazon. Lo
mismo hacen á la otra parte
el Baron y el Mayor.

Eul. Ay! *Bar.* Eulalia mía!
abrazá á tu esposo... *Eul.* Oh cielo!

Los dos se arrojan en los brazos uno
de otro; y al mismo tiempo los niños,
que el Mayor y la Condesa tienen
en sus brazos se abrazan al cuello
de sus padres, y cae el telon.

CON LICENCIA BARCELONA.



En la Imprenta de Gaspar y Compañía, á costa de los Impresores Asociados.